

ENCARNACION E IGLESIA

Cuando en 1825 J. A. Möhler publica en Tubinga su primera gran obra eclesiológica sobre la unidad de la Iglesia¹, se daba por parte católica la superación de una concepción eclesial que, partiendo del Concilio de Trento, se había anclado en la polémica antiprotestante.

Frente a la teología luterana, centrada en la invisibilidad de la Iglesia, en la Iglesia santa, la teología católica se esfuerza parcialmente en defender el aspecto visible, jerárquico e institucional. En el estudio de la Iglesia, la dualidad visible-invisible aspectos ambos de la unidad eclesial, se fue acentuando empujada por la polémica². De este modo, se fueron perdiendo por parte católica elementos que eran clásicos en la teología eclesial.

Möhler hace reaparecer la parte interior e invisible de la Iglesia como elemento integrante y decisivo de la definición eclesial. Parte del Espíritu, artífice de la unidad del que procede la vida en la comunidad eclesial y desde el que se explica la visibilidad como una manifestación al exterior. Tras dejar claro el principio divino de la Iglesia, siete años más tarde se ocupa de valorar el aspecto humano y, para ello

1 *Die Einheit in der Kirche oder das Prinzip des Katholizismus dargestellt im Geiste der Kirchenväter der drei ersten Jahrhunderte* (Tubinga 1825).

2 «Mientras los protestantes reducían la Iglesia al cristianismo interior, a la salvación y, por lo mismo, volatilizaban la eclesiología, los apologistas católicos la construían especialmente como conjunto de los medios de gracia, mediación jerárquica de los medios de salvación». Y. M. Congar, *Jacónes para una teología del laicado*, 3 ed. (Barcelona 1965) 62.